

PRÓLOGO

En su texto, el personaje que tan oníricamente resucita lamenta no haber logrado nunca comprar una de aquellas *vanitas* en las que la belleza de la vida solo sirve para exaltar la muerte. Pero, a pesar de esto, su precioso texto se llama *Vanitas* y no es un retrato del famoso coleccionista con la muerte al fondo, sino el de un hombre, literalmente hablando, a un lado y a otro de ella. Como si vida y muerte fuesen las dos caras de una misma moneda, aunque siempre sea demasiado tarde cuando lo sabemos.

Todo en su texto me parece nítido como un sueño bien soñado. Esa fue la primera impresión que tuve al leerlo, la misma que en la adolescencia, al leer al venerable Poe. He disfrutado entrando en su sueño escrito como si fuese mío, porque también, en tiempos, desperté en aquella mansión de nababo asceta sin tener sus dones para reconstruir la atmósfera de esa casa encantada.

Es extraordinaria y precisa su evocación de aquella alma tan práctica, de nuevo rey mago de Oriente que se refugiaba de las atrocidades de la vida entre las flores de Fantin-Latour. Su texto es, en definitiva, un himno a aquello que no muere y, en ese sentido, una *vanitas antivanitas*. Es un cuento sumergido en el placer de su propia construcción, hijo de la curiosidad siempre un poco perversa de aquello que llamamos *arte*. Me he sentido hechizado por la fría exaltación con que se pasea, como «médium» de un mecenas de genio, a

través del jardín de imágenes que le servía de paraíso. Creo que *Vanitas* es el texto en el que su ironía personal y su ambigua fascinación ante la ficción, como la nada de todo, encuentra su tono más evidente. Y justo.

En el centro de su tríptico, con los brazos cruzados, entre retrato en majestad y autorretrato realista, Paula Rego preside la ceremonia de la vida entre el sueño en el que la muerte se olvida y la vida que, con los ojos bien abiertos, parece dispuesta a «matar a la muerte», como se atrevió a escribir Shakespeare. Como si la antigua panoplia de las *vanitas* cristianas ya no tuviese el poder de reenviarnos a nuestra antigua nada. La hoz del folclore está en nuestras manos, sin la sombra temerosa de Goya, rodeada de todos los juguetes de nuestra diversión, indiferente al tiempo y a su música mortal. Como si esta asunción humana de la muerte encarnase ahora la indiferencia universal con que la vivimos y ya no fuese la musa suprema instalada en nuestro corazón en el lugar de Dios, recordándolo. No es una *vanitas*, máscara de Dios o de su ausencia, por eso suntuosa. Es la nuestra, contemporánea-ascética, casi infantil. Quizá, solo ahora, nuestra verdadera muerte. Es decir, vida sin trascendencia.

EDUARDO LOURENÇO